

CARTAS DE MISIONEROS

KETU (DAHOMÉY)

Remedios para los cristianos pobres

Un joven y celoso misionero del Dahomey, actualmente en Europa para restablecer su salud quebrantada por los intensos calores y fiebres tropicales, el R. P. Geslinier, nos da las siguientes noticias sobre una de las necesidades más apremiantes de su lejana Misión de Ketú, á donde regresará próximamente.

CARTA DEL RDO. P. GESLINIER, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYON, MISIONERO EN KETÚ (DAHOMÉY)

EN medio de los bosques y matorrales del Dahomey se halla la humilde y pobre Misión de Ketú, sola, expuesta á los rigores de un sol abrasador, incomunicada con todo país civilizado.

A este aislamiento se debe el continuar esta población sujeta, más que ninguna otra, al yugo de los fetichistas, que son á un mismo tiempo sus sacerdotes y sus médicos. Doble título con el cual se enseñorean del alma y del cuerpo. El dominio tiránico que ejercen sobre las almas, muchas veces sólo se mantiene gracias á la necesidad absoluta que tienen los negros de acudir á ellos en sus enfermedades. Hay que confesar que estos médicos primitivos tienen medicamentos tradicionales de una eficacia asombrosa; pero guardan celosamente el secreto, secreto profesional, religioso sobre todo. Esto les da ocasión excelente para imponer sus onerosas exigencias á la miseria del negro; y les aprovecha para mantener su influencia sobre el enfermo que les consulta y sobre los individuos de su familia, siempre numerosa en este país. En efecto, la familia, para bien del enfermo, debe solidarizarse con él y acatar servilmente los mandatos y prescripciones del fetichista. Además, éste por la cuenta que le tiene, no olvida nunca que la medicina es medio cierto de asegurar su dominación.

Algunos ensayos me han convencido de que este medio sería en nuestras manos arma poderosa para combatir el prestigio del fetiche y de su ministro. En sus enfermedades los indígenas no tienen otro remedio que acudir al representante del fetiche, depositario al mismo tiempo de su ciencia y de sus secretos.

El ejercicio de la medicina creo que sería el verdadero medio de romper los lazos con que el fetichista tiene cautivas las almas, y el único eficaz para hacerlas accesibles. Así lo comprobamos cada día por los negros que, burlando una vigilancia hostil, vienen secretamente á consultarnos y á pedirnos medicamentos. ¿Por qué el pobre misionero ha de verse casi siempre reducido á no poderles dar más que el insuficiente consuelo de algunas buenas palabras? Al partir de Ketú había agotado las medicinas y no pude atender á las continuas instancias y justificadas demandas que se me hicieron. Y aquellos á quienes despedía con las manos vacías, eran cristianos, y los exponía así á la tentación de acudir al fetichista.

Además, cuidar á los enfermos es uno de los principales deberes del misionero, siendo á la vez deber de caridad y deber de apostolado. Cuando el Divino Maes-

tro envió á los Apóstoles á predicar el Evangelio, les dijo: «Curad enfermos.»

Próximo, pues, á regresar á la Misión, al lado de mis pobres negros, me acuerdo de sus necesidades y de mis promesas. No sabiendo á quién dirigirme, he ido á contarlas á nuestro buen Procurador. Este venerable Padre, sensible á mis ruegos, me ha regalado un soberbio botiquín, pero entendido bien, la caja solamente: Al abrir la hermosa caja encuentro numerosos departamentos, cuidadosamente rotulados. Ante este vacío que hay que llenar, quedo cabizbajo y meditabundo... Pero lleno de confianza en vuestra generosidad, caros lectores, os ruego os dignéis aceptar anticipadamente el homenaje de mi profunda gratitud por los donativos que os dignaréis enviarme.

CHINA

La mujer china

De una correspondencia que el P. Fr. José M.^a de Iruarrizaga, O. F. M., publicó en la *Semana Católica*, de Bilbao, extractamos:

POBRE criaturita; naces para vivir como tantas otras, esclava del hombre y víctima de inhumanos sentimientos; sólo serás feliz cuando la muerte te arrebatte de este mundo para otro mejor.» Así, con estas lúgubres frases, celebra un autor el nacimiento de la mujer china. Y aunque no hay regla sin excepción, generalmente hablando, la frase transcrita encierra un fondo de grandísima verdad. Porque en efecto, el nacimiento de una hija, salvo excepciones, hace muy poca gracia á sus genitores. Las esposas chinas, desde que sienten que han concebido en sus entrañas, viven impacientes y elevan fervorosisimas plegarias y ofrecen sacrificios sin cuento—que no podría exponer sin ofender los castos sentimientos de mis lectores—para conseguir de su favorito ídolo protector, dar á luz un niño varón. El natalicio de un hijo varón es celebrado con fiestas y regocijos de familia, parientes proporcionados á su estado y condición, los cuales como viva manifestación de su agradecimiento, ofrecen holocaustos y sacrificios á su divinidad, mientras la madre del niño considérase ya la más feliz de las criaturas; empero si, por el contrario, nace una niña, cesan los sacrificios y honores tributados á la divinidad, y no pocas veces se le escupe y maldice groseramente.

En China, como en toda tierra de garbanzos, la sociedad puede dividirse en tres clases ó condiciones: Clase alta, media y baja; y la mujer recibe una educación más ó menos esmerada, según la clase ó condición á que pertenezca. Empero, la mujer plebeya no recibe, generalmente hablando, educación alguna, y limitase á *ir tirando*, hasta que llegue el tiempo del matrimonio.

Excelentes máximas, bellos sentimientos dejó escritos el celebrado Confucio respecto del matrimonio. He aquí algunos: «El matrimonio, decía el inmortal filósofo, es el verdadero estado del hombre, porque con el

matrimonio cumple ciertamente su destino y fin sobre la tierra. Así que nada hay más digno de un estudio formal y serio que lo que se relaciona con este primero é indispensable lazo de la sociedad. Muchos son los deberes que impone el matrimonio, de los cuales algunos son comunes á ambos sexos y otros propios de cada uno en particular. El varón es el jefe de la familia y debe mandar; á la mujer cumple el ser sumisa y obediente. El hombre y la mujer, contraído ya el matrimonio, deben imitar las operaciones del cielo y la tierra, los cuales concurren con una perfecta y admirable unanimidad á la producción, mantenimiento y conservación de los seres. El amor recíproco, la confianza mutua, la honestidad, constituyen la base de su familia. El saber enseñar y mandar por parte del varón, y el obedecer y ser complaciente por parte de la mujer, he ahí el complemento de la virtud y de los deberes maritales. La mujer, en fin, debe depender del hombre y con él vivir pacíficamente con modestia y agrado, no aspirando á otra gloria que á la de hacerse feliz á sí misma y á la familia con su propia, absoluta abnegación.»

El mismo filósofo dice que la edad de quince á veinte años es para una doncella el tiempo de cambiar de estado. El ordena á los padres la conducta que deben observar antes de entregar sus hijas á un hombre. Recomienda eficazmente que no sacrifiquen sus inocentes criaturitas por codicia ó ambición de dinero, entregándolas á hombres disolutos, estúpidos, deformes, ó de temperamento variable y maligno. Es decir, que el filósofo quiere que el matrimonio sea en el orden de la naturaleza y de la razón, bien entendido, según todas las reglas de la moral, y no indigno tráfico de parientes. Excelente es la moral, pero ignorada ó desatendida por los chinos.

Tengo entendido que no en todo China rigen sobre el contrato matrimonial las mismas costumbres, pero en el país en que yo vivo, las niñas, al *pasar* á casa de su marido, van allá ciertamente como pudiera ir un borriquito, toda vez que han sido vendidas por sus padres, y las más de las veces ni conocen ni acaso han visto nunca á su marido. Varios años antes del matrimonio se hace el contrato esponsalicio que entre paganos tiene lugar frecuentemente cuando los niños cuentan dos, tres ó cuatro años de edad, y á las veces aun antes de nacer lo hacen *sub-conditione*. No son pocos los padres que venden una misma niña á diversas familias bajo el título de contrato esponsalicio, de donde se originan riñas y pleitos frecuentes que tienen muy sin cuidado á los padres de la chica, importándole un pito que su hija pase á la familia A ó á la familia B, y sea feliz ó desgraciada, con tal que haya recibido las *zapecas* (1). Generalmente en esta provincia las chicas se casan á los quince ó dieciséis abriles, y la que á esa edad no ha encontrado marido, puede estar segura de quedarse sin

(1) Sobre el particular, estoy conforme con lo que escriben que el matrimonio en China, generalmente hablando, y en el país en que yo vivo, es un ligamen que depende únicamente de la autoridad paterna, no santificado por el amor, como debiera ser todo matrimonio. Yo mismo he visto, hace aun poco tiempo, ser conducida una agraciada joven, que frisaba en los catorce años de su edad, á la casa de su marido, que es completamente estúpido, es decir, imbecil de nacimiento.

él, y está destinada no á *vestir santos* como suele decirse por mi tierra, sino á desgraciada vida.

Las mujeres de los ricos y poderosos de China son ciertamente las más infelices del Imperio. No obstante la grandeza y opulencia de su marido, la gran dama china vive perpetuamente retirada en su casa, encerrada en dorada cárcel, pero cárcel al fin. Nada de paseos por las calles y las afueras, nada de visitas y otras recreaciones por el estilo. Y si alguna vez se decide ó le es permitido por casos excepcionales abandonar por breves instantes el solitario techo, la costumbre y etiqueta la obligan á ser conducida en cerrado palanquín y bien custodiada: las mujeres que se ven por las calles caminan, á la verdad, con tanta modestia, que semejan imágenes santas é inviolables.

La moda de los piesecitos fué introducida, según parece, hacia el año 1700 antes de la era cristiana. Hubo una emperatriz de la dinastía KIANG que tenía los pies excesivamente pequeños, y fuele fácil hacer que pareciese gracioso, bonito y elegante, lo que era feo y mal visto, ordenando que todas las mujeres del Imperio mutilasen sus pies, y que las niñas, á la temprana edad de dos ó tres años sufriesen un verdadero martirio, además de quitarles todo su natural gracioso, dar lugar á frecuentes enfermedades y hacerlas doblemente esclavas de su marido.

NOTICIAS VARIAS

Rusia.

1,122 conversiones!—Se acaba de publicar la estadística religiosa del Consistorio «ortodoxo» de Kiew, de la que resulta que desde la publicación del edicto de tolerancia religiosa hasta 1908, ha habido sólo en aquel departamento 1,122 conversiones al Catolicismo.

El clero ruso se muestra muy indignado; *La Novoie Vremia* le dice que su falta de celo es la causa de lo que ocurre hoy en Rusia.

Persia.

Necesidad de escuelas católicas.—El P. Berthouesque, lazarista, nos escribe desde Tauris, con fecha 11 de Abril de 1908:

«Persia sufre actualmente dolorosa crisis, á ella sin embargo deberá quizás su salvación; lo indudable es que debemos aprovechar la presente nueva orientación para dar á nuestras obras nuevo impulso. Esto es, pues, lo que intentamos hacer, valiéndonos de cuantos medios estén á nuestro alcance para atraernos la juventud de Tauris. Hay que sustraerla á su tradicional apatía, y dirigirla por los senderos de la civilización cristiana, que han desconocido hasta el presente.

Para lograrlo trabajamos con ardor; pero nuestros esfuerzos resultan muchas veces inútiles. Los armenios de Tauris, revolucionarios por naturaleza, temen ver á sus hijos abandonar sus escuelas para acudir á las nuestras. ¡Es imposible de imaginar cuán profundo y cuán extenso es el espíritu revolucionario en esta nación! La juventud que frecuenta las dos escuelas armenias de Tauris está como obsesionada por él. ¡Cuántos de estos pobres adolescentes serán mañana incapaces de ganarse el pan de cada día porque desconocen el espíritu práctico! ¿Cómo obviar estos inconvenientes? Dando á estas tiernas inteligencias educación cristiana y seria. Los armenios han nacido comerciantes: hay pues que favorecer

la inclinación que sienten al comercio, instruyéndoles de manera que al salir de nuestras Escuelas puedan encontrar una buena colocación.

Tenemos una pobre escuela, á la cual llamamos colegio, pero que en realidad no merece este nombre. Mucho deseáramos poder realizar un proyecto que hace tiempo acariciamos: fundar un colegio importante capaz de hacer frente á la influencia protestante y al espíritu revolucionario armenio. Fácil sería la empresa si contáramos con locales bien amueblados, provistos de todo lo necesario para escuelas, cómodos y atractivos. Desearíamos poder inaugurar este año quince clases, para los armenios y musulmanes que desean instruirse. He dicho los musulmanes, pues, en efecto, cada día vienen muchos y nos vemos obligados á retardar su admisión hasta que podamos poner á su disposición tres ó cuatro clases amuebladas convenientemente. Cada clase cuesta 2,600 francos. ¡Calculad, pues, qué suma necesitamos!

El Papa y el Shah de Persia.—El nuevo monarca de Persia, al poner en conocimiento del Sumo Pontífice su exaltación al trono de Persia, acentúa con frases de respetuoso afecto y veneración la simpatía que siente hacia el bondadoso Pío X, y se manifiesta muy satisfecho de los católicos que viven en su reino, por su docilidad, amor al trabajo y el respeto que profesan á su legítimo monarca. En vista de esto, complácese en prometer á Su Santidad que favorecerá á sus vasallos católicos todo cuanto pueda.

Pondichery (Indostán).

Costumbres, primeras Comuniones y matrimonios.—El Rdo. P. Mauricio, de las Misiones Extranjeras de París, nos escribe con fecha 30 de Abril:

Acabo de abandonar las ombrívolas orillas del Malabar para internarme en las soleadas llanuras de Tindivanam. Mis nuevos cristianos me han dispensado franca y cordial acogida: recepción india, con mucha música, cañonazos, y toda suerte de cumplimientos... Tanta fiesta y agasajo logró emocionarme, y mi única respuesta fué una gruesa lágrima, salida del corazón, la que produjo mejor efecto que un largo y elocuente discurso.

—El nuevo *Samy* nos querrá mucho, se dijeron estas buenas gentes.

No quiero cansaros haciéndoos recorrer los treinta ó cuarenta pueblos que componen el distrito de Tindivanam; estoy seguro de que por nada de este mundo querríais exponeros á los rigores de nuestro sol de Abril. Después de diecinueve años de residir en las Indias, siento sus *caricias* igual que el día de mi llegada.

Permitidme que os diga además que estoy encargado de 3,500 neófitos. La mayoría cuentan pocos años de conversión. Quiero decir con esto que su fe es todavía vacilante, y que por lo tanto necesitan ser de continuo alentados y estimulados.

Hay que ver su alegría cuando llego de improviso á un pueblo de neófitos. Todo el pueblo en masa viene á saludarme.

Los niños sobre todo, que saben que el Padre no llega jamás con las manos vacías, saltan de alegría: uno me coge de la mano, otro mi sotana... Los más traviosos hasta se permiten un *piadoso* registro á mis bolsillos. Luego, vedles sentados en círculo saboreando un puñado de garbanzos que les he distribuído. ¡Ah! ¡Si estos querubines supieran cuánto les

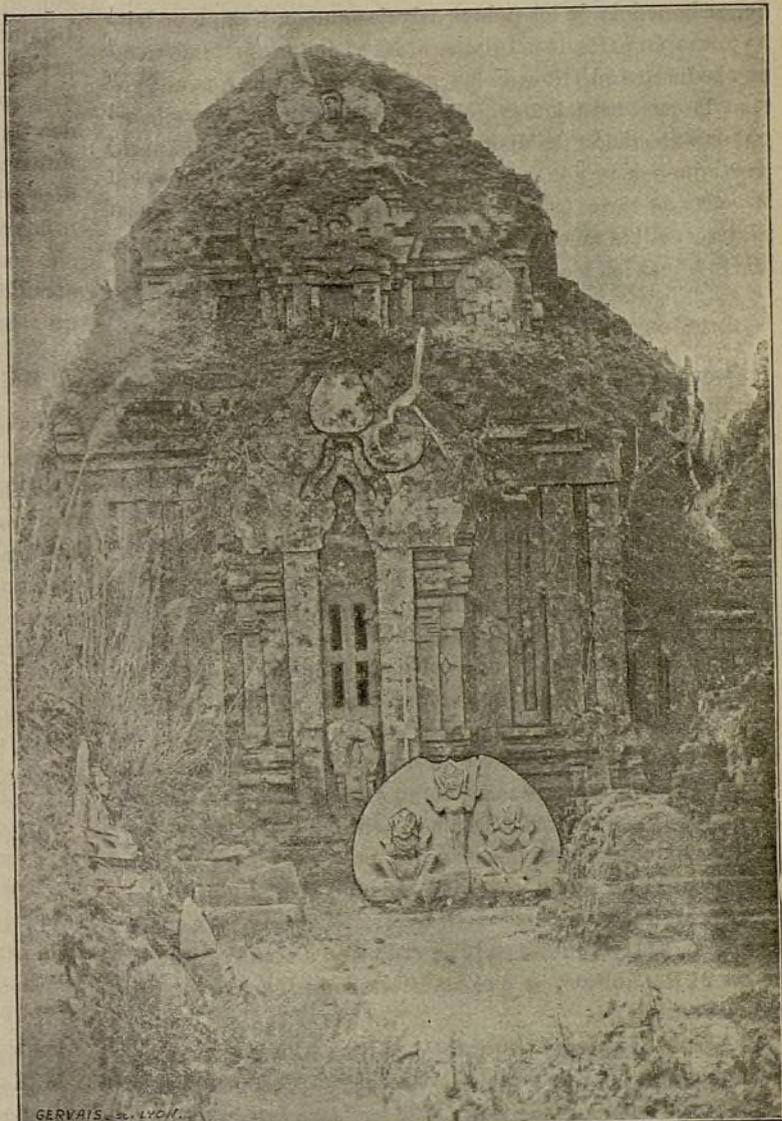
amo! Ellos son la base de nuestras futuras cristiandades!

De su formación sólida depende su perseverancia en la fe. Pero ¡cuántos sacrificios debe imponerse el pobre misionero!

En estos momentos cuarenta niños se preparan para la primera Comunión. Por espacio de un mes estarán bajo mi cuidado, y luego me será imposible enviarles á sus casas sin haberles regalado por lo menos un vestidito. Para apurar más mi situación, los matrimonios de neófitos se suman las primeras Comuniones y ¡adiós, dinero del misionero!...

Japón.

Las Misioneras de María.—Es en extremo interesante el relato que una de estas heroínas hace á la M. General acerca



ANNAM.—RUINAS DE MISON: TORRE CHAME.—Reproducción de fotografía enviada por la Escuela francesa del Extremo Oriente.

de los medios ingeniosos (que sólo la caridad cristiana puede inspirar) de que se valen aquellas Misioneras para atraer al seno de la Iglesia católica á los infelices paganos que gimen en las tinieblas del error. En el pueblo de Hytoyoschi, rodeado completamente de altísimas montañas de muy difícil acceso, viven muchos seres infelices, en los que se ceba la lepra de un modo extraordinario. Allí fundaron nuestras Hermanas una leprosería con su farmacia correspondiente, en donde recogen á las pobres víctimas de aquella terrible enfermedad, y aun que al principio los enfermos huyen de las Misioneras por tener prevención contra los europeos, no bien se

persuadieron de su heroísmo cristiano, empezaron á visitarlas y á frecuentar su trato, hasta que por fin acudían á ellas con verdadera confianza, entregándose completamente á sus procedimientos curativos. En el recibidor se ven de continuo muchos libros religiosos que los naturales leen con verdadero interés, lo cual dió origen á muchas conversiones y bautismos, siendo muchos los sanos y enfermos que se están instruyendo en las verdades de nuestra Religión.

Congo.

Misioneras Franciscanas.—Hace unos días se embarcaron en Lisboa, en el vapor «Cabo Verde,» seis Religiosas Franciscanas que se dirigen á las regiones inhospitalarias del Congo, con el fin de entregarse allí á las rudas tareas de su apostolado, en beneficio de los pobres salvajes que en tiempo no lejano formarán parte de la Iglesia católica, siendo al mismo tiempo obedientes súbditos de las naciones europeas que allí poseen florecientes colonias. Es de advertir que esta es ya la segunda expedición de Misioneras de María que este año parte para aquellas regiones, y que algunas de ellas han sido examinadas de varias asignaturas de la facultad de Medicina, para ejercer allí la misión de Enfermeras, administrando á aquellos infelices los tesoros de la salud del alma y del cuerpo.

Estados Unidos.

Templo de la paz, amistad y concordia.—Tal nombre lleva, aunque se ostenta en demasía pomposo, un grande edificio que va á ser construído cerca de la histórica y vieja mansión Wanness y de la Casa Blanca, en Washington, en terreno cedido por el Congreso americano. Para su construcción ha regalado *selecientos cincuenta mil dollars* Mr. Carnegie, y contribuirá también con determinada cantidad cada una de las repúblicas latino-americanas del hemisferio occidental. El nuevo edificio será propiedad de todas las Repúblicas latino-americanas, y sostenida por éstas se fundará en el mismo una *Oficina internacional*, que será el centro de una continua campaña en pro de la educación: en ella podrá cada uno de aquellos países obtener datos ciertos y recientes de cada uno de los otros. Se formará también en este edificio una *biblioteca*, que contendrá obras relativas á asuntos americanos.

El presidente Roosevelt puso la primera piedra de este edificio el 11 de Mayo; y después de un discurso y de los del secretario Root, embajador Nabuco, del Brasil, y Andrew Carnegie, se leyó un mensaje de cada uno de los Presidentes de las 21 Repúblicas, en que manifestaban adherirse complacidos á esta fiesta.

El Emmo. Cardenal Gibbons y el Rmo. Obispo Cranston, pronunciaron una invocación, bendiciendo después los trabajos ya hechos.

Deseamos que ese llamado templo lo sea ciertamente de paz y de concordia, y que la educación que en él se promueva sea educación netamente católica, pues católica en grado eminente ha sido la formación de esas veintiuna Repúblicas, y católicos *se llaman* todos sus Gobiernos. No olviden lo que hace siglos viene diciendo el Espíritu Santo, y nos pone ante los ojos la experiencia: *Los pueblos que de Dios se alejan, perecerán.*

Nuevas conversiones al Catolicismo.—Cincuenta ministros de la Iglesia Episcopaliana, en Nueva York, disgustados con la doctrina de «púlpito libre» de su secta, pero sobre todo alumbrados con la luz de la divina gracia, han resuelto abrazar la Religión católica.

Religiosas en los Estados Unidos.—Se cuentan en los Estados Unidos 121 Congregaciones religiosas de Hermanas y 21 conventos. A las 24 ramas de *Franciscanas* pertenecen 6,600 Hermanas; á las cuatro divisiones que llevan el nombre de *Notre Dame* corresponden 5,700; y á las seis divisiones conocidas bajo el nombre de *Hermanas de la Caridad*, están afiliadas 5,000 Hermanas. De manera que estas 34 Congregaciones, con un total de *diecisiete mil seiscientas Religiosas*, exceden en número á todo el clero secular y regular de los Estados Unidos. De las demás Congregaciones no existen estadísticas; pero tomando en cuenta las novicias y postulantes, puédesse asegurar aproximadamente que las Religiosas de los Estados Unidos pasan de *cuarenta y cinco mil*. La educación de los niños y las obras de caridad son las ocupaciones á que se dedica este noble ejército de mujeres católicas. Si para cada 50 niños suponemos destinada una maestra, lo cual no es mucho conceder, se necesitarían 24,000 maestras á fin de educar el *millón y doscientos mil niños*, inscritos en las escuelas parroquiales católicas.

Méjico.

Notable conversión.—Escriben desde Méjico á la *Corrispondenza Romana*:

«El Rdo. Guillermo Sloan, uno de los más celosos misioneros protestantes, acaba de abrazar el Catolicismo. Se le ha bautizado *sub conditione* en la iglesia de San Lorenzo. Fué misionero baptista durante treinta y cuatro años: los once primeros de su ministerio los pasó en la India, y los veintitrés restantes entre nosotros. Levantó varias iglesias, editó numerosas obras y fundó y dirigió el periódico baptista de Luz. Largos y profundos estudios le han conducido á la Iglesia católica, á la cual de hoy en adelante consagrará su grande celo y experiencia.»

Países Bajos.

Ministerio liberal.—Sabido es que al Ministerio radical derrotado últimamente ha sucedido uno de la derecha bajo la presidencia de M. Heemsierk. El nuevo Gabinete, aunque tiene á la cabeza un calvinista, cuenta tres católicos, M. Kolkman, Bevers y Nelissen, ministros de Hacienda, de Fomento y de Gracia y Justicia respectivamente.

M. Kolkman, jefe del grupo parlamentario católico, es el presidente fundador de una Asociación de hombres que se obliga á hacer media hora de adoración cada día que el Santísimo Sacramento está expuesto en una de las diez iglesias de La Haya. M. Bevers, senador, es presidente del Consejo central de las Conferencias de San Vicente de Paúl, y M. Nelissen, consejero del Tribunal de Justicia, es también miembro del mismo Consejo central.



ESTADOS UNIDOS

Á PROPÓSITO DEL CENTENARIO DE LA DIÓCESIS DE NUEVA YORK

I



CABAMOS de celebrar en esta ciudad de Nueva York el primer centenario del establecimiento de esta Diócesis. Y con motivo de él se ha escrito mucho, se ha hablado mucho, se ha trabajado mucho para demostrar que la Iglesia católica, apostólica, romana, está pujante en los Estados Unidos, y tiene vida activa y vigorosa, propia y desligada de las trabas que en otras partes le ponen las autoridades y poderes de la tierra.

Hace un siglo justo que Su Santidad el Papa Pío VII viendo el incremento que empezaba á tomar la Religión católica en los Estados Unidos, creó, sufragáneas de Baltimore, las diócesis de Nueva York, Filadelfia, Boston y Bardstown, tres de cuyos Obispos fueron pronto consagrados en Baltimore por el Sr. Arzobispo Carroll.

Pero como las dificultades que nacían del gobierno despótico de Napoleón impedían el arribo del Obispo recién consagrado en Roma, el Arzobispo de Baltimore encomendó la administración de la diócesis al celoso P. Antonio Kohlmann, S. J., cuyo ayudante y auxiliar fué el joven P. Benedicto Fenwich, S. J., que aún no tenía treinta años.

En tiempos de estos dos diligentes operarios de la viña del Señor, empezó á dar frutos de bendición este árbol del Catolicismo, que tanto se ha extendido, gracias á Dios, en esta última centuria.

Porque hace un siglo en la primitiva diócesis de Nueva York había una sola iglesia católica; hoy tenemos 317 iglesias, 186 capillas, y varias, como unas cuarenta *estaciones*, según aquí dicen, Misiones ó lugares donde se celebra la Misa al aire libre y como en campaña. Y cuenta que la antigua diócesis de Nueva York se ha dividido en nueve, alguna de las cuales, por ejemplo la de Brooklyn, cuenta con más de 170 iglesias ó capillas. Además, únicamente en Nueva York tenemos 22 hospitales católicos, infinidad de escuelas parroquiales, en las cuales este año hay matriculados 65,152 niños, tres asilos para sordo-mudos, nueve casas para guardar durante el día los hijos de las madres que han de ir á trabajar, cinco asilos para emigrantes, cuatro para ancianos, siete para huérfanos, dos para ciegos, veintinueve *industrias* y casas de corrección ó de reforma, y un número crecidísimo de colegios-academias, y aun alguna Universidad católica, como esta de Fordham, en las cuales se da instrucción á 25,100 jóvenes.

Está, pues, floreciente el Catolicismo, y es activo. El clero tiene á su cargo las escuelas parroquiales, y si no enseñan á veces los mismos párrocos, ni los sacerdotes, ellos se encargan de proporcionar á los niños ó los Hermanos de la Doctrina Cristiana, ú otros Religiosos y Religiosas, ó á lo menos gente seglar *capaz* y celosa que los instruya bien.

Y de verdad que da gusto el ver á unos niñitos y niñitas de las escuelas parroquiales, entrar en la iglesia al marcharse á casa y ponerse solos ó dos ó tres á rezar el *Via Crucis*, de la cual devoción santísima son estas gentes sumamente devotas. Si uno está un rato en la iglesia, notará que las señoras, los caballeros, los niños y las niñas, van recorriendo las estaciones, haciendo sus reverencias y rezando algunas preces.

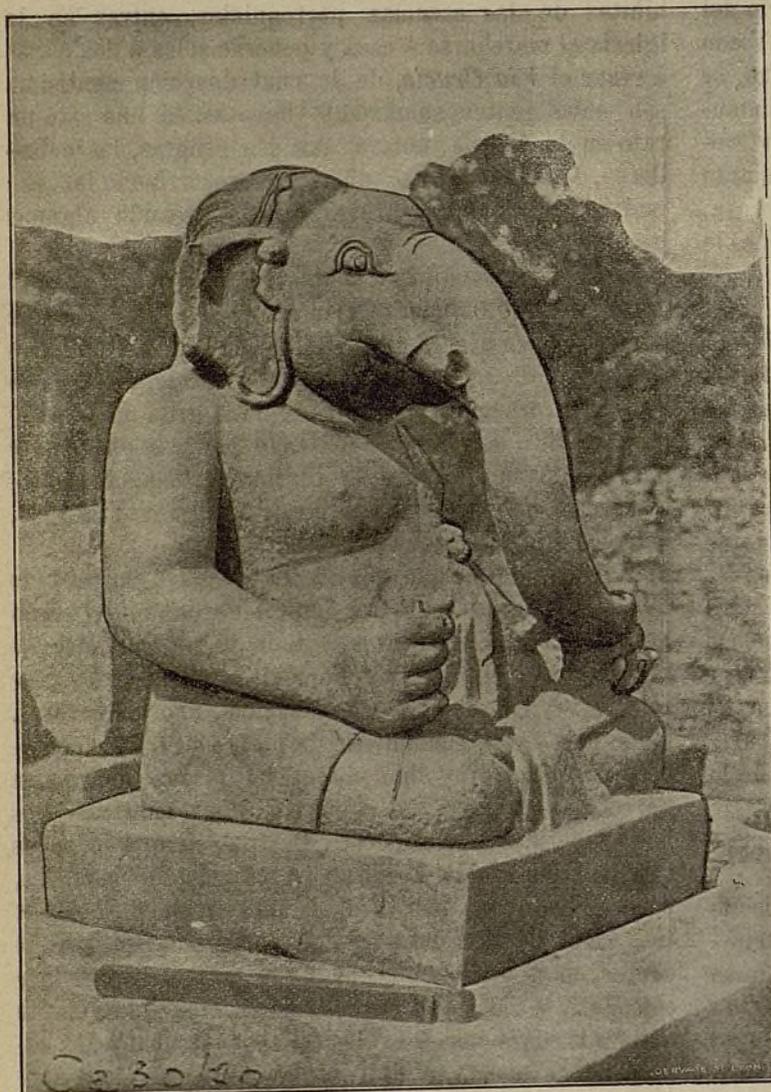
Los católicos aquí han subido de 15,070 que eran el 1808, á 3.000,000; hace cien años había no más que cuatro ó cinco sacerdotes, y hoy somos unos 2,500, con esperanza de aumentar y de poder restar gente á las sectas. Ahora no sé si por efecto de la gran manifestación católica, se van convirtiendo muchos pastores y pastoras: cada día traen los diarios consoladoras noticias sobre esto, y á diario se comienzan nuevas iglesias, colegios é instituciones católicas.

Y la verdad es que aquí á los fieles les cuesta todo lo de la Religión bastante dinero. Porque ellos pagan los templos, los sacerdotes, y todo lo que al culto se refiere; y por cierto con generosidad que se luce y se echa de ver en todo. Las iglesias todas, como es natural, modernas, están sumamente limpias, elegantes, cómodas. Las alfombras abundan mucho, la luz eléctrica se derrocha—y quizá no conforme á las rúbricas—los bancos hermosos y aseados... Baste decir que todas las iglesias, aun las de hospitales y cárceles de hombres, parecen cuidadas por monjas, ¡tan limpio y ordenado está todo! La casa del párroco, contigua á la iglesia ó capilla, es también muy buena y está muy aseada y cómoda... y todo lo pagan los fieles... aunque es cierto que en los sermones ó explicaciones dominicales los sacerdotes se encargan de recordar al pueblo esta obligación, y por cierto de una manera tan clara, que chocha á las gentes de países latinos; á lo cual los fieles responden con largueza.

Otra particularidad notable hay en el Catolicismo de aquí, y es que las parroquias, las asociaciones católicas, etc., etc., celebran veladas, funciones dramáticas ó conciertos á beneficio de la iglesia ó para levantar un colegio, etc., etc. Asistí á un concierto presidido por el reverendísimo señor Arzobispo, y en el cual había muchos sacerdotes y multitud de católicos. El coro estaba formado por unas noventa jóvenes y unos cuarenta hombres, y ¿qué cantaron? pues fragmentos de la Sagrada Escritura, puestos en verso á veces, y pensamientos de la misma Sagrada Biblia; el salón era grandísimo, y estaba llenísimo, y todo el mundo aplaudió en un Concierto escogido un argumento sumamente religioso y piadoso.

Por lo demás, el clero católico y los sacerdotes católicos son respetados en todas partes. Las gentes saludan, los policías nos atienden, los empleados se muestran amables con nosotros... y quien disiente en este

concierto son algunos malos católicos de lengua española, los cuales en vez de honrarse con la presencia de un sacerdote, como los americanos aun protestantes, le ponen cara seria y le dicen al oído que estorba en sus reuniones ó círculos (histórico). Con todo, bueno es advertir que el espíritu piadoso y católico de estas tierras no es igual al espíritu católico de España: aquí la vida



ANNAM.—RUINAS DE MISON: ESTATUA DEL DIOS GARUDA.—Reproducción de fotografía enviada por las Escuelas francesas del Extremo Oriente.

es más independiente, más libre. Las jóvenes andan solas, las niñas leen en los tranvías toda clase de revistas y periódicos, van á paseo con quien quieren y á donde quieren; de lo cual la gente de aquí no se admira, ¡y eso que todos somos de carne y hueso é hijos de Adán y Eva!... Y por esos mismos aires de libertad y de indiferencia que respiramos, aun en los mismos colegios y academias dirigidos por Religiosos, la instrucción religiosa y la piedad está más baja que en otras partes. Sé de buena tinta que ciertas jóvenes de un colegio de Religiosas, en el cual tienen baile, *sports* y juegos iguales á los de los muchachos, se atrevieron á escribir al reverendísimo señor Arzobispo, pidiendo permiso para que fuesen unos jóvenes á bailar con ellas, como para ejercicio y recreo. El señor Arzobispo se dignó contestar: «Mientras yo sea Juan... (y este es su nombre) jamás consentiré tal cosa.»

II

A pesar de todos estos lunares del Catolicismo, no modernista, pero sí moderno, de estos países, las fiestas del centenario de la diócesis han revestido una solemnidad extraordinaria y han sido muy lucidas y espléndidas.

Empezaron el domingo 26 de Abril con Misas de Comunión general. A las once en todas las parroquias hubo Misa de acción de gracias con sermón en muchas de ellas. El martes fué la gran fiesta en la catedral: Misa pontifical por el Emmo. Sr. Cardenal Logue, Arzobispo de Armagh, y sermón por el Emmo. Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore. Los que asistieron á esta fiesta dicen que fué una cosa soberbia. Y se comprende; porque ya para entrar en la Catedral se reunieron una multitud de sacerdotes, monseñores, obispos... los cuales vestidos con su traje particular, según la dignidad de cada uno ó el orden á que pertenecían, formaron una larga y vistosa procesión encabezada por 300 caballeros, los de más viso entre los católicos de la ciudad, que iban de frac, sombrero de copa alta y guante gris. Marchaban delante del clero 40 monaguillos con sotana y sobrepelliz, y luego un Cardenal con los que le debían acompañar en la Misa, el delegado Apostólico Mons. Diomedes Falconio, creo que diez Arzobispos, cuarenta Obispos, cien Monseñores, y cerca de ochocientos sacerdotes. El Cardenal Gibbons no asistió á esta procesión porque debía predicar. Llegados á la Catedral se cantó al modo gregoriano la Misa solemnísimas, y después del sermón leyó el señor Arzobispo dos cartas de felicitación: la del Papa y la del Presidente de los Estados Unidos: dicen que la Catedral rebosaba de gente, y que por los alrededores había un mundo entero. Como siete mil fieles caben en la iglesia: es ella muy rica, hermosa y esbelta; sin embargo, aunque estuviera en mi mano no la cambiaría por ninguna catedral de las que he visto en España. La levantaron los católicos durante la administración de los Pa-

dres Jesuitas, y cuando entre los fieles no había ningún millonario. Por la tarde de este mismo día 28 hubo vísperas solemnes con sermón por el reverendo Arzobispo de San Luis. El miércoles otra Misa solemne para los niños de las escuelas parroquiales, los cuales enviaron comisiones de niños bien preparados para cantar con canto gregoriano la Misa. Siete mil angelitos atronaban las naves del templo... y fuera, una manifestación hasta de veinte mil, si no recuerdo mal. Fué una nota muy simpática, muy bonita y muy devota de las fiestas del centenario. Por la noche hubo reunión de católicos en el «Carnegie Hall,» que es un salón muy grande para conciertos y representaciones.

El 30 de Abril se cantó Misa de Requiem por los obispos y sacerdotes difuntos de la diócesis, y por la noche se tuvo otra velada en honor de los Prelados venidos á las fiestas del centenario, en el Círculo católico.

El viernes 1.º de Mayo otra Misa, la votiva del Sagrado Corazón, con sermón muy práctico sobre la Comunión reparadora y diaria por el P. O. B. Pardou, S. J., superior de la iglesia de San Ignacio, y uno de los oradores más buscados en esta ciudad.

Y finalmente, para el sábado 2 de Mayo, se reservó la manifestación ó *parade*, como aquí se dice.

Hay que reconocer que estas gentes sirven para organizar y tienen paciencia para ensayar y preparar bien las cosas. Trajeron de Cuba á un caballero que no sé qué cargo tiene allí, á fin de ponerlo al frente de la manifestación, y es claro, como buen católico y hombre de gobierno dispuso á maravilla el orden y manera de la manifestación. Se dividió en tres grandes secciones ó partes. A la cabeza de cada una de ellas iban los cadetes de tres academias militares con sus armas, músicas, etc. En la primera había también una sección de caballeros con traje de etiqueta, que montaban hermosos caballos, luego seguían los diversos grupos de asociaciones. Estos iban separados unos de otros por un espacio como de unos seis pasos, los grupos se distinguían porque entre uno y otro había un claro de 24 pasos; y las secciones ó partes de la manifestación por otro de 48 pasos. Cada asociación ó compañía estaba formada por líneas de 16 en fondo, llevaban sus banderas ó pendones, casi todos patrióticos y algunos religiosos, y además bastantes organizadores, que se volvían de cuando en cuando, como los sargentos del ejército, para ver si cada uno iba en su puesto. Y ¿cómo no, si además de la costumbre que tienen los americanos de marcar el paso cuando andan dos ó tres por las calles, llevaban multitud de músicas que tocaban la marcha nacional, y todos se movían á compás y meneaban los brazos como los soldados bien disciplinados?... Varios días ensayaron no sé qué círculos ó congregaciones en nuestros prados, la manera de ir en la manifestación, y por todo eso no es extraño que resultase una cosa brillante. Duró la manifestación casi tres horas, y las fiestas una semana, duran-



ANNAM.—RUINAS DE MISON: ESTATUA DEL DIOS GANESA.— Reproducción de fotografía enviada por la Escuela francesa del Extremo Oriente.

te la cual en las ventanas de los católicos había banderas nacionales y algunas del Papa, los católicos andaban con la medalla conmemorativa, los vendedores despacharon vistas, retratos de obispos, iglesias, etc., y todos parecían respirar aires más saludables; los que exhala nuestra Santa Madre la Iglesia católica, apostólica, romana.

M. S., S. J.

DESDE LA GUINEA ESPAÑOLA.—LA MISIÓN DE ELOBEY

Frutos espirituales

(Continuación)



UIERO terminar la relación de los frutos espirituales cosechados en "Claret," refiriendo un episodio que prueba una vez más la sencillez y disposiciones con que estos morenitos se acercan á recibir los Santos Sacramentos.

Era el día de la Inmaculada, cuando el Padre misionero se hallaba en esta Reducción para solemnizar tan grande fiesta entre aquellos numerosos indígenas.

Ya desde las primeras horas de la mañana fueron muchos los que purificaron sus conciencias en las salvadoras aguas de la Penitencia; condición indispensable para los que manchados por el pecado, deseaban acercarse á la sagrada Mesa, para recibir al Cordero sin mancilla.

Llegó, por fin, el momento de la Comunión, que bien pudiera llamársela *general*, tanto por la extraordinaria concurrencia de fieles que á ella asistió, como por haber tenido lugar en la única Misa que se celebró á las nueve de la mañana, y á la que asistieron casi todos los cristianos, catecúmenos é infieles de aquella comarca.

Al contemplar el Padre misionero la ingente muchedumbre que había concurrido, y la actitud con que muchos de ellos esperaban con ansia acercarse al sagrado Convite, hízoles una breve, sencilla y fervorosa exhortación, para que avivando más y más la fe, la esperanza, y, sobre todo, el amor de Dios, se acercaran á recibir con más fervor el Pan de los Angeles, terminando con recordarles las principales disposiciones necesarias para comulgar digna y fructuosamente, como: la pureza del alma, el ayuno natural, etc., etc.

Terminada la plática, fueron acercándose á la sagrada Mesa aquellos afortunados cristianos con el mayor orden y compostura, quedando el Padre misionero sumamente complacido de su religiosidad.

Distribuyendo el sacerdote del Altísimo la Sagrada Forma, sucedió que al llegar su turno á una pobrecita viejezuela, díjole ésta en su propia lengua, y en voz tan alta, que se oyó perfectamente por toda la capilla: *Koko; ma nga dji*; que traducido, significa: *No; yo he comido ya*. Y levantándose marchó á su lugar.

Figúrese el lector cuán satisfecho quedaría el Padre misionero, al oír una tan sencilla y franca confesión, y en presencia de tanta muchedumbre; pues se veía claramente en ello, que había entendido la pobre mujer la explicación que poco antes les había hecho para comulgar dignamente.

Otros muchos episodios quisiera referir, mis caros lectores, si tuviera tiempo para ello; pues no dudo que serían muy de su agrado por lo curiosos y originales. Mas renunciando por ahora al deseo que tengo de verificarlo, permitidme que pase ya á relatar brevemente los llamados *frutos materiales* cosechados en la Reducción «Claret.»

10. Frutos materiales

Si, como acabamos de ver, han sido muchos y muy consoladores los frutos de vida eterna que, por la misericordia del Señor, se han obtenido en la Reducción «Claret,» son á la vez no menos copiosos los que en el orden material se han reportado.

Tarea difícil sería pretender hacer una extensa relación de todos. Por esto me ha parecido más oportuno, dar una idea general de ellos, refiriendo, sin embargo, algunos en particular.

Durante los ocho ó nueve años que, como ya se dijo, lleva de existencia esta Reducción, han sido muy grandes y satisfactorios los adelantos que aquellos indígenas han hecho, así en el grado de «civilización,» como en el de «sumisión» y «afecto,» hacia nuestra amada patria.

Para convencerse de lo primero, bastará hacer una breve reseña del estado miserable en que antes vivían, y de cómo viven en la actualidad la inmensa mayoría.

Quien haya conocido los pueblos de la vecina Costa desde que empezaron á visitarla los misioneros, no podrá menos de reconocer la notable diferencia de civilización que entre ellos se observa. Pues á la manera que en los países civilizados llama la atención, sobre todo de la gente menuda, la visita de personas extranjeras, cuyo vestido es diferente del que ellos usan, y cuya lengua no entienden, por ser muy enrevesada; de donde resulta, que unos les temen, otros lloran, éstos hu-

yen en precipitada fuga, y aquéllos, más atrevidos, se les ríen y mofan...; del mismo modo sucedía en los pueblos y rancherías de la vecina Costa, antes de ser visitados por el misionero; y esto mismo sucede todavía en casi todos los pueblos del continente africano, para quienes no ha llegado aún la influencia salvadora del misionero apostólico.

Si en alguna ocasión me he convencido de lo que es el hombre destituido de la luz sobrenatural de la fe, y, en consecuencia, del conocimiento del verdadero Dios, principio y fin de todas las cosas; y del temor ó esperanza en la vida eterna; y para decirlo en una sola palabra, de los que viven sin tener los primeros rudimentos de la *civilización cristiana*,... ha sido ciertamente cuando visité por vez primera algunos pueblos del interior del Muni. ¡Pobrecitos!

¡Qué compasión me causaba el ver aquellos seres degradados, en medio de aquellos bosques, como si fueran irracionales, esclavos de las más denigrantes pasiones, y, sobre todo, vendidos á la infame servidumbre del demonio, á quien adoran en sus simulacros ó ídolos de metal, madera ó barro que ellos mismos se han fabricado! ¡Cuán á la letra se cumple en estos desgraciados lo que dice el Texto sagrado: *Et erunt similes illis...* «Y serán semejantes á ellos...» Porque muchos de estos hombres envilecidos, son repugnantes á la vista; asquerosos y nauseabundos por las llagas é inmundicias que tienen de pies á cabeza; molestos é insufribles por sus impertinencias y rústicos modales, y no pocas veces al salvajismo añaden el ser antropófagos.

Tal era, pues, el estado en que se hallaban muchos pueblos indígenas, máxime en el interior del continente, hasta que los misioneros les anunciaron la *buen nueva* en nombre del Señor.

Veamos lo que son ahora.

¡Qué diferencia! Los que antes iban poco menos que desnudos, por no tener un retazo de tela para cubrirse, se les ve ya decentemente vestidos y hasta aseados, particularmente en los días festivos, cuando acuden á la iglesia para cumplir con los deberes de todo buen cristiano. Los que ayer eran tan adustos y agrestes, que no podían ver ni la sombra de un europeo, hoy son muy afables y corteses para con todos, gustando de tratar amistosamente con ellos, con tal, empero, que no se les haga alguna injusticia ó traición; pues, en tal caso son irremisiblemente vengativos.

Causa verdadera fruición ver las atenciones y buenos modales con que se presentan para hablar con el misionero. Al llegar á la Reducción, lo primero que hacen es saludarle atentamente en español, ó en su propio idioma, según el grado de civilización que han adquirido. Luego le piden con sencillez y franqueza que les dé un escapulario, cruz, medalla, rosario, etc., para colgárselo del cuello. Y, como son tan pobres, pídenle con la mayor naturalidad que les dé un poco de sal para condimentar sus viandas, arroz, pescado, y sobre todo tabaco para llenar su pipa. De suerte que la mayor parte de los indígenas civilizados, consideran al Padre misionero como á la *panacea universal* para remediar todas sus necesidades.

Y si de la Reducción nos dirigimos á sus viviendas para visitar á algún enfermo, también allí se observa

mayor ó menor limpieza y aseo en sus casitas, según sea la civilización y haberes de cada uno. Pues amén del correspondiente saludo, le ofrecen con la mayor sinceridad todo lo que tienen en casa; si es de noche, salen á recibirle con un quinqué, ó por lo menos con una hacha de resina, que alumbrá perfectamente; si se les pide agua, cualquiera diría que trata con personas muy cultas y civilizadas; pues no es raro que se la den con vasos de cristal muy limpios y aseados; y hasta no falta quien tiene sus muebles, cuadros y vajilla mejor que algunos europeos.

Y ¿qué diré ahora de la sumisión y respeto, con que

la mayor parte de estos indígenas acatan y obedecen á los representantes de España?

Un sólo hecho quiero referir que probarán muy á las claras la influencia del misionero en un punto tan trascendental para los intereses de nuestra amada patria.

Poco tiempo después de instalada la Reducción en *Bónche*, presentóse una Comisión de la tribu *balengue* al Subgobernador de Elobey, en demanda de protección por una palabra ó cuestión que tenían con el jefe de la tribu *pámue*, llamado Déchuma Mayu, y del cual ya se ha hablado en diferentes lugares de esta relación.

(Continuará).

MI AMIGO ARTURO

POR EL P. H. HOSTEN, S. J.

(Continuación)



ERTO día, Adolfo, un héroe de paciencia que no sabía ni mover las piernas, le dijo: «¡Arturo: si no vienes al instante te mato con mi cuchillo!» El amenazado niño intentó echarse á reír; pero el enfermo hablaba en serio. Como buen filósofo, Arturo se contentó dándole esta convincente razón: «Está bien, Adolfo, si me matas tú perderás, pues no habrá quien cuide de ti.»

Otra vez, deshecho en llanto, fué á contar su afición al P. Floor, entonces encargado de la escuela: «Padre, fulano quiere que yo quite su vaso de noche y que se lo limpie. ¿Debo hacerlo?» Para comprender bien su repugnancia es preciso haber vivido en las Indias. «Dile que no es de tu competencia, y que para esto tenemos los *mehtars* (barrenderos).» Y Arturito se fué sonriente. ¿No hacía bastante lavádoles la ropa? Y esto, ¿no lo hacía por propia voluntad, sin que nadie tuviera que mandárselo?

Por la noche, cuando el insomnio ó la fiebre hacían delirar á los enfermos, ¿quién era el primero que se levantaba para enterarse de sus necesidades? Arturo, y siempre Arturo. Dábales de beber, mullía su almohada, les acostaba y cubría dulce y cuidadosamente. ¿Y sabéis qué ganaba durmiendo á su lado? Una vez un travieso ratón le mordió la oreja con tal fuerza, que Arturo lloró.

Otro día, Arturo sufrió lo indecible. Esta vez no se trataba de un ratón, sino de su tío. Este había tenido noticia de que su sobrino vivía en casa de los Padres, y resolvió visitarle. ¿Pretendería llevárselo consigo? Era muy posible. Arturo se escondió. ¿Podía acaso ser más feliz de lo que era? Nada ni nadie del mundo era capaz de obligarle á vivir de nuevo entre paganos.

Llegó la Pascua. Arturo hizo su primera Comunión. ¡Dejo que imaginéis qué pasaría entonces en esta alma cándida á quien tanta abnegación, amor al prójimo y un santo olvido de sí misma habían hecho tan digna de los favores del divino Maestro! Mucho antes de la ceremonia, Arturo había llevado á la capilla á sus cuatro compañeros. Allí les encontraron piadosamente recogidos, y Arturo no se cansaba de decir á sus amigos, que jamás había sido tan feliz. En esta ocasión le regaló el

Padre un devocionario, y él escribió en la primera página: «Recuerdo de mi primera Comunión.»

Algunos días después el P. Bodson le admitía á cantar en el coro. Domingos y días festivos su dulce voz de niño llenaba de vibrantes notas las naves de nuestra capilla, y unos meses después, alegres y bien trajeados, nuestros coristas bajaron á St. Paul's, en cuya iglesia entonaron sus más hermosas canciones. De regreso una excelente señora europea les detuvo é hizo distribuir por su nietecita abundantes puñados de bombones.

A principios de Mayo del presente año Arturo recibió la visita de su hermana mayor, una robusta montañesa. Le regaló un pañuelo lleno de hermosas frutas rojas, que sabía le gustaban mucho. Arturo comió algunas y distribuyó las restantes á sus compañeros. ¿Comería demasiadas? Al anochecer se quejó de agudos calambres; viendo lo cual, sus compañeros tiraron las restantes hermosas frutas rojas.

Las creyeron envenenadas. Arturo enfermó de gravedad. Lejos de mi ánimo calumniar á su hermana pagana. La creo incapaz de tal crimen. Hay, pues, que buscar otra explicación. Arturo solía decir á sus amigos que si procuraba ser bueno era para que el Angel de su guarda tuviese algo que anotar en el gran libro de cuentas. El Angel, claro está, anotaría exactamente todas sus buenas obras, y el Señor al ver tantas diría: «Bien está, me bastan.»

A pesar de su fama médica, el Hermano Cigrang al principio no entendió la enfermedad de Arturo; un tiempo después dictaminó que estaba tísico. ¡Ah! ¡El mal terrible, mal sin remedio aquí como en Europa! En las Indias causa más víctimas la tisis que el hambre, la peste y el cólera juntos.

Se ensayó un cambio de localidad. Trasladamos al niño al hospital indígena de Darjeeling. Inútil. Todos eran para él afables y cariñosos, pero sin conseguir alegrarle. Quería volver á casa los Padres. Ellos le cuidarían como «padre y madre;» vería de nuevo el gran monasterio; jugaría otras veces con sus antiguos compañeros, y, sobre todo, «volvería á ver la gran imagen del Sagrado Corazón.» ¡Ver la imagen del Sagrado Corazón!... ¡Dios mío! ¡Qué deseo tan hermoso en un niño

de diez años recién convertido! ¡Alegraos vosotros, caros bienhechores, que en un arranque de celo apostólico, nos hicisteis este magnífico regalo! Vuestros deseos están próximos á realizarse. Un día no lejano caerán las barreras del Nepal, y nuestros vecinos, los Padres Capuchinos de Bettiah, podrán reproducir allí las maravillas que el siglo XVII immortalizaron su apostolado. No quiero otro testimonio que el supremo atractivo de de esta alma encantadora.

Arturo volvió. En los dos meses que duró su ausencia había perdido mucho. Los tres primeros días pareció revivir. Se paseó una vez, la última, por los alrededores de la casa de los Padres, y nos saludó con su *Yisukhi barái!* «¡Gloria á Jesús!» Contempló y oró unos momentos, también los últimos, ante la imagen del Sagrado Corazón, imagen dulce y bella, cuyos brazos extendidos en actitud amorosa le habían enseñado á suspirar el *Adveniat regnum tuum!*

Al cuarto día Arturo se quedó en cama. El mal progresaba y no había esperanza. Recibió el santo Viático y la Extremaunción. Durante las dos últimas semanas, cada día, después de la Misa, iba á visitarle. Solía encontrarle sentado, envuelto en la manta, calentándose en uno de estos braseros primitivos, que con tanta solicitud encendiera el pobre niño en otros tiempos para consuelo de los enfermos que cuidara. «¿Cómo te encuentras, amigo Arturo?» Ya sabía que iba á responderme como siempre hasta el fin: *Thorá achchhá hai:* «Me encuentro algo mejor.—¿Has rezado alguna oracioncita?» Un ligero movimiento de cabeza era su respuesta. Vosotros hubierais creído que decía «no,» pero aquí significa lo contrario. Luego acariciándole le preguntaba qué quería. Respondíame que una cruz grande. «¿De qué tamaño?—Grande como, como...» y mostraba su antebrazo descarnado. «¿Dónde encontraré una cruz tan grande? ¿Y para qué la quieres?—Para mirarla.—No la encontraré. ¿Tú tienes una pequeña colgada al cuello? Bésala. Y, además, bien sabes, Arturo, que Dios te envía una muy grande y pesada para que la lleves, y que lo importante es que todos tengamos la imagen de Nuestro Señor grabada en el corazón.» Arturo me comprendía. Pero insistió pidiéndola á Rafael, éste encontró una en la capilla, sobre un pedestal; la cogió y colocó al lado del enfermo.

Al día siguiente pedía una imagen del Sagrado Corazón. «Pero, ¿no tienes una, Arturo?—Sí; pero es muy pequeña y no logro verla bien.» Busqué hasta dar con una de las dimensiones convenientes, y al regresar con ella vi que uno de mis compañeros se me había anticipado. La suya era más hermosa. Arturo tuvo dos.

Una mañana—la del jueves pasado—Arturo quería contarme muchas cosas. La noche había sido terrible. No había logrado conciliar el sueño, á pesar de habersele trasladado de una habitación á otra, conforme había pedido. «¡Padre, me decía, aquí me duele mucho!» Y señalaba el pecho. «¡Ponga la mano aquí, Vuestra Reverencia!» Y tomándomela la hacía descansar suavemente sobre el pulmón. ¿Qué pensaba? No tuve necesidad de preguntárselo; bien comprendí la suprema esperanza que acariciaba el pobre niño. Sentíase morir y quería curar. Se acordaba de Nuestro Señor Jesucristo, cuya divina mano curaba los males con sólo tocar-

los, y se figuraba que la del Padre podría hacer otro tanto. Con toda mi alma hubiera querido ser taumaturgo, á lo menos por esta vez. Viendo mi impotencia, me dijo: «Padre, dadme á beber agua bendita.» Quería probar este remedio, infalible á sus ojos. Iba á salir, porque ya no acertaba á disimular mi emoción. «Padre, no se marche tan pronto, me dijo; tenemos que hablar mucho. Siéntese un poco.—¿Dónde, Arturo?—¡Pedro: corre á buscar una silla para el Padre!» Pedro, el enfermero, hubiera tenido que andar mucho para encontrar una silla, y por esto el socarrón se reía. Tuve que huir. Su extrema amabilidad acabó de desconcertarme. Arturo había acumulado los títulos más honoríficos; ¿dónde había aprendido aquellas finezas y aquellas palabras las más dulces del vocabulario indostán?

Aquel día Arturo quiso que le sacaran á tomar el sol, para poder contemplar—esta sería la última vez—sus queridas montañas. Paisaje de ensueño le ofrecía su patria: quince millas cuadradas de montes y llanuras, revestidos de espléndida vegetación, regados por caudalosos torrentes, regalados por las notas siempre nuevas de altas cascadas... Al Oeste, hacia el Nepal, altas cimas de montañas se suceden gradualmente festoneando el horizonte; al Sud, más allá de la alta llanura de Ambutiya, donde él había empezado á gustar el cáliz de la prueba, las llanuras del Bengala, inmensas y semi veladas por hinchadas nubes, augurio de tempestad; en fin, al Norte, límite incomparable, la cadena deslumbradora de las nieves eternas. Arturo henchíase de tanta poesía, y su alma, guiada por ella, desprendíase dulcemente de las efímeras realidades de la tierra, y volaba á las serenas regiones donde reinan las almas justas, y donde los Angeles le invitaban á saborear delicias inefables, flores que no se marchitan. Tomé sus tiernas manecitas entre las mías, y elevándolas al cielo, le dije: «¡Arturo; ofrece al Señor tus sufrimientos por la conversión de tantas almas que aún no son cristianas como tú!» Y el bondadoso niño accedía gustoso á mis ruegos.

¿Se daba verdaderamente cuenta de su estado? Veíale siempre tan resignado y tan sereno, que creía no había pasado por su cabeza la idea de la muerte. Hubiera querido prepararle, diciéndole que su Angel Custodio vendría pronto á buscarle, que se lo llevaría al Paraíso, donde le sentaría en un trono magnífico, cabe la Santísima Virgen... pero sólo acerté á decirle: «Arturo, angelito mío,» y nada más, pues temí asustarle. Cierta día, al empezar á hablar de esta cuestión á Adolfo, otro agonizante, se me puso á llorar con tal sentimiento, que para distraerle y consolarle debí recurrir á tonterías, tales como hablarle de los perritos recién nacidos, de la clueca que incubaba junto á su lecho, y de otras cosas por el estilo. Con Arturo no hubiera sido así. Pero entonces no sabía lo que sus compañeros me han contado después. El P. Wanters fué á visitarle, y le dijo: «¡Eh, Arturo! ¿Cuándo vienes á trabajar conmigo en el taller?—Ya no volveré, Padre; todo ha concluído.» Y por la noche, en la cama, Arturo hacía estas confidencias: «Mi corazón ya no está aquí; oigo al buen Angel que me llama. Iré á descansar en el seno de Dios.»

(Continuad.)

ENRIQUE SIENKIEWICZ

LOS CABALLEROS TEUTONICOS

(Continuación)

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

En vista de la retirada del Teutónico, oyéronse en la asistencia algunos gritos de triunfo que le pusieron fuera de sí. Indignado, con los ojos fuera de las órbitas, todavía quería defenderse, esperando ganar el terreno perdido, pero la extrema fatiga de su brazo le impedía todo movimiento, y, por fin, completamente entumecido, lo deja caer inerte.

Entonces Rogerio se vió perdido, é instintivamente quiso dar algunos pasos hacia atrás, pero en el mismo instante vió el filo del hacha de Zbyszko brillar ante sus ojos cual relámpago, antes de caer sobre su hombro.

—¡Jesús! exclamó con desgarradora voz, y después de haber retrocedido un paso, rodó por el suelo, de espalda.

XXIX

DESPUÉS de su victoria, que ni á medias le satisfizo, puesto que ni le había servido para recuperar á Danusia, ni para arrancar á Iurand de manos de sus verdugos, Zbyszko declara que está decidido á irse á Mariembourg, á pesar de los peligros á que podía exponerle este viaje, para pedir audiencia al Gran Maestro General de la Orden.

Era opinión unánime que el Gran Maestro valía mucho más que todos sus subordinados, así que Zbyszko confiaba en que una vez que estuviese al corriente del rapto de Danusia, no dejaría de dar las órdenes conducentes á que fuese inmediatamente puesta en libertad.

Tan inquebrantable era la decisión del joven caballero, que ni el Duque ni la Duquesa intentaron disuadirle. Y el Duque le dijo:

—El juicio de Dios te fué favorable, lo que indica que el derecho y la justicia están de tu parte. Parece, pues, fuera de toda duda que los verdaderos raptos de Danusia han sido los cuatro Caballeros Teutónicos que vinieron á vernos á Prasnyz. De estos cuatro perros judíos, ya no queda sino el viejo Sigifredo de Löwe; Danveld y Godofredo murieron á manos de Iurand, y tú acabas de matar á Rogerio. En cuanto á Sigifredo, quizá es algo menos canalla que los otros tres, pero es hombre de extremada crueldad, y es realmente una desgracia que Iurand y Danusia estén en sus manos. Por eso es menester, sin pérdida de tiempo, correr á socorrerlos. Y para que nada te suceda en el curso del viaje á Mariembourg, voy á darte una carta para el Gran Maestro, en la que le explicaré detalladamente todo el asunto, rogándole mande hacer indagaciones en todos los castillos de la Orden para encontrar á Danusia, y que te la devuelva, si quiere contar con mi amistad.

Después de escuchar estas palabras del monarca, Zbyszko se echa á sus pies para darle gracias. Luego, le dice:

—¡Y Iurand, Majestad! ¿Y Iurand? No olvidéis de hablar también en su favor. Si está mortalmente herido, que al menos le sea permitido venir á morir á su casa rodeado de sus hijos.

—Queda tranquilo, responde el Duque. Pediré al Gran Maestro que delegue dos jueces; yo por mi parte delegaré otros dos, y los cuatro elegirán á su vez el quinto que les servirá de presidente. Así reunidos juzgarán el litigio surgido entre Iurand y los Caballeros de Ortelsbourg, conforme á las leyes del honor y de la verdad. Y se hará lo que ellos decidan.

M. de Lorche, que era valiente caballero y amigo fiel, al saber que Zbyszko partía para Mariembourg, se ofreció á acompañarlo, para hablar en su favor al Gran Maestro, y para encontrar á de Bergow, cuyo testimonio podría serles de gran utilidad.

Y tan luego como el Duque entregó al joven caballero la carta para el Gran Maestro, se pusieron en camino, seguidos de sus respectivas escoltas.

Aun cuando le hubiese complacido el ir acompañado de su fiel escudero, al que había cobrado verdadero afecto, Zbyszko no lo llevó consigo en su viaje á Prusia. Prefirió enviarlo á Bogdanietz, con la misión de poner á su tío al corriente de cuanto había sucedido desde su separación.

En cuanto á Sanderus, llamando á parte á Zbyszko, le dice:

—Señor, me habéis salvado de segura muerte, y me sería gratisimo poder haceros á mi vez algún servicio. Dadme algún dinero, me iré á Prusia, recorreré todos los castillos y quizá logre al fin saber lo que os interesa...

Zbyszko reflexionó un instante, después de lo cual sacó de su maleta un saquito lleno de marcos, y arrojándolo á Sanderus, le dice:

—¡Toma! Si eres un canalla, me engañarás; si eres hombre honrado, te quedaré obligado...

—Seré capaz de engañar como canalla, responde Sanderus... pero no á vos, señor. Podéis contar conmigo...

XXX

SIGIFREDO de Löwe estaba á punto de partir para Mariembourg, á donde debía ir con objeto de dar cuenta al Gran Maestro de los acontecimientos que habían ocurrido en Ortelsbourg, arreglándolos por supuesto á su gusto, cuando recibe una carta de

Rogerio, fechada en Varsovia, y enviada por un correo.

Esta carta causó viva emoción al anciano Caballero. Demostraba, es verdad, que Rogerio había presentado el asunto de Iurand ante el duque de Mazovia de modo inmejorable; pero la segunda parte, en que Rogerio cuenta la escena del desafío lanzado contra los hijodalgos polacos, y la negativa de éstos á recoger el guante por temor al juicio de Dios, era poco tranquilizadora. «Consideraba, dice, el asunto ya terminado, cuando veo aparecer ante mí á un caballero joven, casi un niño, el mismo que nos provocara por medio de su escudero, á nuestro regreso de Prasnyz. Este caballero, que dice ser el esposo de la hija de Iurand, recogió mi guante, y mañana nos batiremos á la hacha. Sabéis muy bien que disto mucho de ser novicio en la lucha, sea cual fuere el arma escogida; por otra parte mi adversario es un chicuelo, así que podéis estar persuadido de que derramaré su sangre por el bien de la Orden.»

Grande fué la sorpresa de Sigifredo al saber que la hija de Iurand estaba casada. El hecho de que Iurand tenía yerno que podía vengarle, le hizo muy poca gracia... «¡Bah! se decía, al fin Rogerio lo matará...» No obstante, no estaba tranquilo, á pesar suyo, y esperaba con impaciencia el regreso del joven caballero, aplazando hasta entonces su viaje á Mariembourg.

Esperó uno, dos, hasta tres días, cuando de súbito, una tarde, ve entrar precipitadamente en la estancia en que se hallaba, un criado de la Orden, con el semblante descompuesto y sin atreverse á pronunciar palabra.

—¿Qué ocurre? pregunta sorprendido el anciano caballero.

—Rogerio..., balbucea el hombre.

Sigifredo se levanta bruscamente de su silla.

—¿Rogerio?... ¿dónde está?...

—En el trineo, responde el lacayo.

—Dame el manto, dice el anciano, apoyándose en el respaldo de la silla para no caerse.

El criado le echó sobre los hombros el manto, y Sigifredo, después de dominar su emoción, se yergue y sale al patio del castillo.

Ve ante sí crecido grupo de soldados, y en medio de ellos, un trineo. Oíase el murmullo de voces que decían:

—Es el caballero Rogerio...

—Han dado muerte al caballero Rogerio...

Sigifredo se aproxima al trineo, en medio del cual reposaba sobre paja el cuerpo de Rogerio, cubierto con amplio manto.

—¡Una luz! dice, descubriendo la cabeza del cadáver.

Uno de los soldados acerca una antorcha, y á su resplandor, el anciano Caballero Teutónico ve la cabeza de Rogerio y su rostro blanco como la nieve, helado, rodeado de sombrío lienzo, que partiendo de debajo de la barba iba á anudarse sobre el cráneo, y que sin duda le habían puesto para impedir que se abriese la boca del cadáver. Los ojos

del difunto estaban cerrados; azuladas manchas cubrían su frente y sus sienas, mientras que una substancia viscosa, á manera de escarcha, salía de sus mejillas.

Sigifredo de Löwe contempló el cadáver durante largo rato, en medio de general silencio. Su rostro era más frío y severo que de costumbre; sus ojos de mirada dura parecían como congelados, tal era su inmovilidad.

—¡En qué estado nos lo devuelven! dijo por fin.

Luego ordenó que para media noche se tuviese preparado el ataúd, y que se transportase el cadáver á la capilla.

—Todavía tenemos uno, dijo el ecónomo. El carpintero se había equivocado é hizo uno de más cuando las víctimas causadas por Iurand. No tendré más que hacerlo cubrir con paño negro...

—Que vistan su cadáver con el manto blanco de Caballero de la Orden, mandó Sigifredo.

Luego, al cabo de un instante, añadió:

—Y que dejen el ataúd descubierto...

Dicho esto, se disponía á partir, cuando, como si buscase á alguno, mira en derredor suyo, y pregunta:

—¿Dónde está van Krist?

—También le han dado muerte, responde uno de los criados. Mas fué menester darle sepultura en Varsovia, pues empezaba ya á descomponerse.

—Está bien, dice el anciano.

En seguida se aleja con paso lento y entra de nuevo en la estancia, se sienta en la misma silla en que estaba sentado un momento antes, se apoya contra el respaldo, y permanece así durante varias horas, tieso é inmóvil, semejante á marmórea estatua, con su semblante petreo y sus ojos acerados.

Serían muy cerca de las doce de la noche cuando el anciano caballero se despierta sobresaltado, como si volviese de profundo sueño, y llama al criado que guardaba la estancia:

—¿Dónde está el caballero Rogerio?

El muchacho, turbado, creyendo que el jefe había perdido la cabeza, le mira espantado y responde con voz temblorosa:

—No lo sé...

El anciano se sonrió con angustiosa sonrisa, y dijo con voz suave:

—Te pregunto, joven, si está ya en la capilla.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Orihuela.—D. Andrés Die Pescetto. 100 Ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona